

Sartori y la ideología de la crisis

Dr. Giulio Battioni
Sapienza Università di Roma

RESUMEN

Sartori afirma que la existencia de la humanidad del nuevo milenio está amenazada por la “superpoblación de la tierra”, es decir por el cada vez más “inminente” peligro de un encontronazo entre la subida frenética de los índices demográficos de los “países pobres” y el agotamiento progresivo de los recursos naturales. Si según Sartori todo tipo de problema económico y ambiental procede del “exceso de población”, de la “fecundidad excesiva” que traga recursos y produce “pobreza”. Ese proceso de autodestrucción humana cabe imputarlo a la responsabilidad, entre los demás, de la Iglesia católica. Las teorías críticas a las que Sartori se refiere se inspiran en la malthusiana “ley de los rendimientos decrecientes”.

La Iglesia católica cree en la libertad moral del ser humano y en su capacidad de elegir y dirigir su vida sexual y considera que se puede hacer frente al crecimiento demográfico a través de la instrucción, de la difusión de la cultura, de la tutela de la mujer, así como también aboga por la reducción de la mortalidad infantil, el alargamiento de la esperanza de vida media por medio de los avances de la ciencia médica y de las tecnologías.

Palabras claves: prejuicio, milenarismo, tutela de la mujer, crecimiento económico, Iglesia católica

ABSTRACT

Sartori says that the existence of the new millennium humanity is threatened by "overpopulation of the Earth", i.e. by the increasingly "imminent" danger of a collision between rising 'poor countries' demographic rates and the progressive depletion of the natural resources. According to Sartori all kinds of economic and environmental problem comes from "excess population", of "excessive fertility", which swallows resources and produces 'poverty'. This process of human self-destruction can be attributed to the responsibility, among others, of the Catholic Church. Critical theories concerning Sartori are inspired by the "law of diminishing returns" Malthusian.

The Catholic Church believes in moral freedom of human being and their ability to choose and direct his sexual life. Also she considers that it can deal with population growth through instruction, the dissemination of culture, the protection of women, as well as also calls for the reduction of infant mortality, the lengthening of life expectancy average through the advances of medical science and the technologies.

Keywords: prejudice, millenarianism, guardianship of women, economic growth, Catholic Church

Introducción

La chispa que ha provocado esta profundización ha surgido a lo largo de nuestra sesión cerca de los cambios más relevantes que aún siguen desenvolviéndose en el actual proceso de globalización. Nos ha pillado de paso una entrevista concedida por Giovanni Sartori hace casi un par de años a un periódico español sobre las actuales dinámicas demográficas y los escenarios que se van perfilando para el futuro. De primera la lectura analítica ofrecida por el notorio académico florentino nos sonó demasiado impactante para no examinarla desde cerca. En la actualidad Sartori da por cierto que la “tierra explota”. Los indicadores y los índices parecen no dejar alguna sombra. Pues los países pobres están conociendo un crecimiento de población respecto al que la tierra no parece proporcionar recursos disponibles suficientes. La Iglesia católica, para él, es el actor eminentemente culpable por ese “crecimiento insostenible” a causa de su oposición obstinada a la difusión de las prácticas anticonceptivas. Para solucionar o por lo menos moderar las tasas de superpoblación Sartori echa encima de la mesa su propuesta de regulación estricta de la natalidad en los países en desarrollo al cuyo cumplimiento someter las mismas ayudas humanitarias procedentes de los países avanzados. Después de haber captado y cuestionado las facetas ideológicas que apuntalan este planteamiento, pues, intentamos ir al grano manejando los datos para confirmar y en muchos casos desmentir las interpretaciones brindadas por nuestro protagonista. Además, por más que identifiquemos algunas cifras nos apetecería comprobar por si hay enlace lógico entre demografía, crecimiento económico y subdesarrollo. En el caso de Sartori, con el lema de la teoría malthusiana, por supuesto que sí. Pero según muchos economistas crecimiento de la población y aumento de los índices de productividad irían juntitos al mismo paso. La realidad y unas comparaciones entre países con tasas de natalidad y densidad de población diferentes lo atestiguarían. El último capitulillo, en fin, quiere arrimar la postura institucional y moral de la Iglesia católica a las acusaciones dirigidas por parte de un análisis disfrazado de preocupaciones humanitarias pero en el fondo autoritario y neocolonialista.

El análisis de Sartori: crecimiento insostenible, superpoblación, Iglesia

La elaboración que aquí vamos a desenvolver toma su inspiración en un análisis planteado y ofrecido a la opinión pública mundial por Giovanni Sartori autor –junto al periodista experto en asuntos económicos-financieros Gianni Mazzoleni– de *La tierra explota*, ensayo publicado hace un par de años (Sartori y Mazzoleni 2003). Título tajante y decidido, igual que el carácter “toscano” del renombrado politólogo de Florencia, sus líneas generales se encuentran resumidas en una articulada entrevista concedida al rotativo *El Pais* (Sartori 2003: 6). Vamos derecho al bulto. Sartori afirma que la existencia de la humanidad del nuevo milenio está amenazada por la “superpoblación de la tierra”, es decir por el cada vez más “inminente” peligro de un encontronazo entre la subida frenética de los índices demográficos de los “países pobres” y el agotamiento progresivo de los recursos naturales. Los países avanzados andan entre las carcajadas limpias del consumismo y del bienestar, ya no tanto limpias por los apuros producidos por una inmigración permanente y descontrolada, mientras que el crecimiento demográfico, la contaminación atmosférica, el calentamiento global de la tierra, la falta de agua y espacio ponen en tela de juicio la supervivencia de la especie. Si según Sartori todo tipo de problema económico y ambiental procede del

“exceso de población”, de la “fecundidad excesiva” que traga recursos y que por tanto produce “pobreza”, ese proceso de autodestrucción humana cabe imputarlo a la responsabilidad, entre los demás actores, de una institución por encima de todas: la Iglesia católica (Sartori y Mazzoleni 2003: 221-241). El antiguo catedrático de la universidad de Columbia postula que en los países subdesarrollados el incremento vertiginoso de las tasas de natalidad implique un desgaste de la misma manera exagerado y rápido de los recursos disponibles, sobre todo el agua potable, cuya primera consecuencia sería un “crecimiento insostenible”. En esto la Iglesia metería sus narices:

el Vaticano juega un papel nefasto con su condena no ya del aborto, sino de la propia anticoncepción. Sé que hay muchos intereses detrás de esta política, pero lo grave es que no exista conciencia en las opiniones públicas sobre el inmenso peligro que supone para todos (Sartori 2003).

La Iglesia “con sus ideas absurdas sobre la vida” causaría “un daño terrible” al así llamado Tercer Mundo por atascarlo de gente y abandonarlo a las plagas de las hambrunas, de la malnutrición o del sida. Sartori apuntala su discurso desnatando el concepto de “vida” y especificando su articulación autónoma de “vida humana”:

La vida la tiene un mosquito y la tiene una planta, y nosotros la interrumpimos sin ningún problema. Yo creo que la vida humana sólo existe cuando el ser humano es capaz de reflexionar sobre sí mismo y tiene, por tanto, autoconciencia. El hombre no es distinto del animal hasta que llega a tener conciencia de sí mismo, hasta que se convierte en animal pensante. El niño recién nacido todavía no lo es. Si muere al nacer, no ha sido conciente de su muerte ni la sufre más que cualquier animal (Sartori 2003).

Total que el hombre es un “animal pensante” y que su “autoconciencia”, su “darse cuenta” o en otra parte su “alma” constituyen el punto y el momento de inicio de la vida humana. Sin embargo, Sartori reconoce que el “alma” es también dominio teórico de la Iglesia que recogiendo el legado histórico del pensamiento platónico a través de la patrística y de san Agustín ve en ella la sustancia íntima del ser humano en cuanto ser divino. En la opinión de Sartori, pues, la “pregunta decisiva”, es cuando el alma sube al escenario. No cabe la menor duda, para él, que la Iglesia esté equivocada cuando, acogiendo a la ciencia, atribuye al embrión una identidad propia de individuo humano desde la fecundación. Conque el feto no sería persona, ni siquiera una “*sub-specie*” de persona sino más bien una mera posibilidad biológica de vida humana. Entonces, por más que no resulte nada claro el enlace, según el politólogo florentino si lo de interrumpir un embarazo ya no es atentar a la vida humana, todavía menos lo es bloquear la fertilidad por medio de la contracepción. Con respecto a eso muy gracioso de verás nos ha parecido el argumento invocado para sostener que la Iglesia no sabe distinguir entre vida y vida humana, así como entre prevención e interrupción de embarazos: beberse un huevo de gallina no equivale a matar la gallina, pues tampoco evitar que el huevo se forme lo significa (Sartori y Mazzoleni 2003: 81-87). El arrimo es algo fuertecillo porque si por un lado no se puede comprobar la autoconciencia de la vida humana de un embrión por otro no se puede comprobar lo contrario. A un embrión humano, en fin, no se le puede comparar a un embrión animal porque el feto pese a que no pueda manifestar su “alma racional” asimismo, es lo que la Iglesia enseña, tiene su dignidad espiritual de “ser en sí” y “ser por sí” en cuanto sustancia creada por y relacionada a un Dios creador y trascendente (Cf. De Rosa 2004). “*Homo est qui venturus est*” decía Tertuliano. Y con él las ciencias biomédicas confirman la tesis experimentalmente comprobable que el embrión es “ser humano”, o sea una

individualidad y continuidad dotada de capacidad intrínseca, coordinada y gradual, de desarrollarse en organismo adulto, desde la fertilización (Cf. Pontificia Academia para la Vida 1997).

La propuesta de Sartori: control de la natalidad o “ideología de la crisis demográfica”

Nada más lejos de nuestros propósitos es salir de tema. Pues volvamos enseguida a la problemática de la supuesta superpoblación y del presunto crecimiento insostenible. Sartori propone una solución política global muy clara: el control de la natalidad. Además la natalidad es un “arma” política que desde el maoísmo al nazismo hasta el islamismo radical de nuestras épocas siempre ha tenido en la historia contemporánea un papel y un poder de presión destacado. Hoy en día el fundamentalismo islamista y por lo general todo el mundo islámico procurarían supeditar al mundo occidental para con el cual sienten hostilidad con la “producción de niños”, que a Sartori aparece como el fiel de la balanza verdadero, por mucho que afirme desconocer sus motivos huntingtonianos, de un nuevo “choque de civilizaciones”. Por lo tanto hay que aplicar una receta muy sencilla:

Los países desarrollados han de incentivar una estricta política de regulación de la natalidad, y si necesario, condicionar su ayuda a los diferentes países a un cumplimiento de los objetivos de control. (...) Los métodos ya existen. Irán ha tenido mucho éxito con su política al respecto. Han bajado de siete a dos y medio hijos por pareja. Si se dieran las condiciones descritas se podría parar el crecimiento mundial casi instantáneamente (Sartori 2003).

En la exposición sartoriana también Méjico e India, por mencionar unos ejemplos clave de la congestión demográfica de Iberoamérica y Asia, habrían actuado bien en este terreno, aunque en el segundo caso las modalidades hayan sido tan sólo “menos desagradables” de las políticas de limitación realizadas en la China más reciente. Ahora bien, en este razonamiento la Iglesia, respaldada por el fundamentalismo cristiano de la actual administración norteamericana, debería abandonar su “cruzada” contra los anticonceptivos. Pero enfocando un poco más la mirada, lo que no convence de la propuesta de Sartori es su pretensión de luchar contra un integrismo presunto, la moral cristiana enseñada por la Iglesia católica, con un fundamentalismo clarísimo. Es más. Un fundamentalismo en sí mismo racista y neocolonialista, pese a su pensar y actuar de buena fe, que intenta solventar, con un realismo acaso desmañado y miedoso, problemas cambiantes, datos múltiples y aún por comprobar. No se pueden capear asuntos que atañen a la persona humana en su ser moral y en su credo religioso, a su relación fundamental con la comunidad familiar y social solamente con categorías politológicas. Todavía menos con una “ideología de la crisis demográfica” que reduce el fenómeno de la natalidad a una mera reproducción biológica en la que la “autoconciencia”, la racionalidad y la capacidad de reflexionar famosas, que además identifican la especie humana entre los demás seres vivientes, parece que no pertenezcan a las personas y a las poblaciones de los países pobres. De hecho Sartori habla desde Occidente y desde la perspectiva de los países económicamente avanzados quienes tendrían que “incentivar”, “condicionar”, ofrecer los “medios” para controlar la vida sexual y humana de personas como si ellas no fuesen capaces de pensar y actuar como seres conscientes como si no fuesen capaces de tomar una decisión responsable. Esto tiene algún racismo intrínseco. Hombre, por supuesto que la realidad es mucho más compleja. Y en las áreas de crisis

lamentablemente mucho más dramática: hambre, explotación, guerras, violencias contra las mujeres no permiten buscarle tres pies al gato. A veces tampoco permiten decidir libremente. De acuerdo. Pero nuestro esclarecido profesor maneja datos y echa unas propuestas, en nuestra opinión, con la soltura un poco atrevida y creidilla de un Occidente por un lado amedrentado por su “invierno demográfico”, por otro poseído por una mentalidad, a la que no es ajeno cierto sentido de culpa, aún colonialista.

¿Cuáles datos?

Las cifras de Sartori hablan muy fácil. Quizás demasiado.

El mundo cuenta hoy con una población de unos 6.000 millones de habitantes. Para el año 2050 se estima que tendrá unos 9.000. Pero de todos ellos, sólo 1.000 millones vivirán en lo que llamamos mundo desarrollado y rico (Sartori 2003).

En primer lugar cabe recordar que muchos expertos presentan informaciones y miradas muy diferentes de las de Sartori. Gerard François Dumont, por ejemplo, presidente del Instituto Demográfico de París y catedrático en la Sorbona, opina que si por una parte es verdad empíricamente comprobada que el siglo XX ha conocido un salto de población enorme igual al 375%, cogiendo los datos en absoluto, con un cambio de los 1.634 millones de personas contabilizados en el año 1900 a los 6.127 millones registrados en el 2000, por otra parte, y de forma paralela, en las últimas décadas se ha ido delineando otro fenómeno de relieve, es decir el bajón gordo de los niveles de fecundidad en las áreas más desarrolladas del planeta (Cf. Álvarez 2005). Massimo Livi Bacci asegura que también en los países subdesarrollados entre el 1950 y el 2000 hubo una disminución de los 6 a los 3 hijos por mujer que está llevando a una estabilización demográfica, cerca de los 9.300 millones de personas a nivel mundial en 2050, además respaldada por el envejecimiento progresivo de la población (Cf. Socci 2002). Según Claudia Jimeno en Europa, donde la tasa fertilidad promedio ha llegado a los 1.4 hijos por mujer, la población irá disminuyendo de un promedio de 20% cada 40 años; Bulgaria perderá un 38%, Rumania el 27%, Estonia el 25%; en Asia, Rusia pierde un promedio de 750.000 personas cada año, mientras que se calcula que Japón tras el crecimiento demográfico de estos últimos años disminuya, igual que Estonia, de un 25% cada 40; China, en fin, se prevé que alcance unos 1.500 millones de personas en los 15 años que vienen para luego desembocar en una cuesta abajo y perder entre los 20 y los 30% por generación (Cf. Jimeno 2005). Bueno, pues, echando una ojeada a los datos oficiales de la última Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo, celebrada en El Cairo en septiembre de 1994, también se puede acabar con el “catastrofismo” sartoriano (VI, 29-36). En aquella ocasión se anotó una tendencia general a la baja de ambas tasas de natalidad y mortalidad. Se calculó que la población mundial, incrementada de un 1.7% anual en el período 1985-1990, se habría estabilizado al 1% anual entre el 2020 y el 2025. En suma, está previsto un aumento de 120 millones en las regiones más avanzadas y en las áreas subdesarrolladas de 1.727 millones de personas. Asimismo, se estima una disminución de las tasas de fecundidad incluso en África cuya población menor de 15 años igual seguirá creciendo hasta 2015 para luego bajarse, en una medida modesta, alrededor de los 40% sobre la población total. En los países más avanzados, en cambio, va aumentando la población con más de 60 años: 1 de cada 6 personas en la actualidad, 1 de cada 4 en el 2025. Por un lado el componente de personas de edad puede ser un recurso humano, por otro, desde luego, es un apuro muy importante para sociedades que no están animadas y no invierten en el

futuro (Cf. Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo 1994). Otro lado de la manzana, hemos visto, del análisis de Sartori está en aquel “papel nefasto” que según él puede achacarse al Vaticano en cuanto a la relación entre el crecimiento demográfico y la moral sexual de la Iglesia que aún sigue empecinándose en su lucha contra el condón. Ahora bien, Antonio Socci afirma que en los últimos años, Brasil, que leyendo los números es el país católico más grande del mundo, ha conocido un desplome demográfico rotundo con una disminución de la tasa de fertilidad de los 6.15 a los 2.27 hijos por mujer. De la misma manera, padre Piero Gheddo, misionero del PIME (Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras), puede atestiguar que en India, en las regiones cristianas, donde la mujer estudia y se casa más tarde, también los niveles demográficos se han reducido. India, ejemplo citado por Sartori mismo, es un país que por lo visto ha puesto en marcha políticas de control de la natalidad. Pues no se puede averiguar si la contención de la natalidad se deba atribuir a la consideración para con la moral católica o a lo que se encuentran más fácil los anticonceptivos. De todos modos, no podemos, como hace Sartori, atribuir a la Iglesia “intereses” y poder político que no tiene. No podemos, como hace Sartori, acusar a la Iglesia de favorecer la reproducción indiscriminada. Ella se opone a la contracepción, igual que a la esterilización de masa, porque asumiendo su responsabilidad teológica y su autoridad espiritual reconoce al hombre la libertad y la capacidad de elegir así como ve en la educación, la cultura y la tutela de la mujer las claves para controlar la demografía (Cf. Socci 2002).

Demografía y subdesarrollo: ¿hay enlace?

Otro perfil sobre el cual no queremos pasar de puntillas consiste en el prejuicio muy arraigado en las teorías críticas a las que Sartori se refiere cuando habla de “superpoblación”, de “crecimiento insostenible” y de consumo de recursos, energía, agua. Ese prejuicio se inspira en la malthusiana “ley de los rendimientos decrecientes”, contenida en el famoso *Ensayo sobre el principio de población*, por la que

cuanto más terrenos se cultivan para aumentar los alimentos disponibles, más se recurre a las tierras menos fértiles para las que, empleando la misma cantidad de capital y trabajo, el aumento de producto es cada vez más inadecuado al crecido número de bocas (Sartori y Mazzoleni 2003: 101).

En resumidas cuentas, se establece un enlace lógico directo entre crecimiento de población, densidad y recursos disponibles. Sartori mismo está dispuesto a admitir que Thomas Herbert Malthus, filósofo y economista inglés que vivió entre el 1766 y el 1834, al amanecer de la revolución industrial, no pudo prever tanto los nuevos rendimientos de la técnica, de la mecánica y de la ciencia como sus efectos sobre la productividad agrícola. Pero no llega a desembarazarse de forma total de la teoría malthusiana. Es más, apelando a los dos postulados, la necesidad de los alimentos para la existencia del hombre y la necesidad permanente de la “pasión entre sexos”, y la desproporción entre el crecimiento de la población y el crecimiento adecuado de los recursos disponibles, Sartori aboga por el control de los nacimientos como fundamento de un crecimiento económico y ecológico “sostenible” (Sartori y Mazzoleni 2003: 91-111). Ahora bien, es preciso agregar que la teoría malthusiana está descalificada por muchos economistas. Entre ellos el premio Nobel Gary S. Becker, por ejemplo, que sostiene que la teoría malthusiana no estriba en ninguna prueba empírica y que, al contrario, el crecimiento de la población ha sido fundamental para el crecimiento

económico (Álvarez 2005). El XX siglo, que por lo visto es el siglo que ha pegado el salto demográfico más importante de la historia, también ha sido la época del crecimiento máximo de riqueza, productividad, salud, condiciones y esperanza de vida así como de arredramiento de la pobreza y de las enfermedades. Se estima que si la población mundial ha aumentado cuatro veces, el producto mundial bruto se multiplicó por diecisiete. Se calcula además que desde el 1961 si la población mundial se ha duplicado, la producción alimentaria se ha más que triplicado. Para que se aclare la falta de enlace entre crecimiento densidad de población y pobreza hay que recordar que Holanda tiene una densidad de 386 habitantes por kilómetro cuadrado y ha prosperado mucho más que Kenya o Zimbawe donde la densidad es de 52 y 30. Japón, que hace sesenta años ha salido totalmente destrozado de la guerra, con 126 millones de habitantes y un territorio de 377 mil kilómetros cuadrados y sin muchos recursos naturales, garantiza una renta per cápita entre las más altas del mundo. Madagascar, en cambio, con 15 millones de habitantes y un territorio de 577 mil kilómetros cuadrados tiene un nivel de desarrollo económico y humano entre los más bajos. Pues no hay relación inversamente proporcional entre población y riqueza. El “milenario” neomalthusiano y las profecías apocalípticas cerca de la “insostenibilidad” del crecimiento se enriquece, en fin, del punto de vista ecológico: calentamiento global, falta de agua, contaminación. Si por un lado el crecimiento económico produce daño y sobre todo interrogantes muy serios sobre el porvenir medioambiental del planeta, por otro cabe decir que el desarrollo tecnológico de las últimas décadas pueden poner remedios a la contaminación, la pobreza y el consumo de recursos. En ese sentido, debe ser considerada, aun cuando a beneficio de inventario, la novedad de las biotecnologías y de su uso posible también en el campo de la producción alimentaria (Cf. Socci 2002).

Antinatalismo: la Iglesia ante una ideología autoritaria

Por último, cabe volver a la propuesta de Sartori, una política demográfica de regulación de la natalidad invocada al calor de una supuesta pero desmentida previsión de “crisis demográfica”. Una política “antinatalista” basada en una “ideología del miedo por el porvenir y desconfianza en el hombre”, como estigmatiza un documento el Consejo Pontificio para la Familia (Cf. Consejo Pontificio para la Familia 1994). La Iglesia católica, más allá de su doctrina moral que desde luego pertenece al ámbito público del debate hasta cierto punto, insta a los poderes y a las instituciones civiles a recorrer los caminos positivos de una política que aposte por la vida y la dignidad humana. Siempre y a toda costa. La Iglesia cree en la libertad moral del ser humano y en su capacidad de “paternidad y maternidad responsable” o un su capacidad de elegir y dirigir su vida sexual. La Iglesia cree que se pueda hacer frente al crecimiento demográfico a través de la instrucción, de la difusión de la cultura, de la educación, de la tutela de la mujer, así como aboga por la reducción de la mortalidad infantil, el alargamiento de la esperanza de vida media por medio de los avances de la ciencia médica y de las tecnologías. La Iglesia rechaza todo tipo de limitaciones a los nacimientos y de disciplina autoritaria de la vida afectiva y sexual, matrimonial y familiar. También desde el punto de vista práctico una política antinatalista o de control resultaría algo violenta para conseguir que las parejas se sometan a sus prescripciones. Prescribir alguna conducta íntima y sexual, también lo de tomar medidas anticonceptivas, siempre puede llevar consigo chantajes, intimidaciones y formas de culpabilización sobre todo para con las mujeres. La Iglesia además no se conforma a cierta idea de “salud reproductiva” por la que el condón sería el *deus ex machina* contra

todo tipo de transmisión de infecciones. En efecto, el Dr. Carlo Urbani, miembro de “Médicos sin fronteras”, ha afirmado que en los países en desarrollo el 95% de las muertes se producen por enfermedades infecciosas curables y que la mayoría de los niños afectados muere por deshidratación causada por la diarrea. Para salvarlos sería suficiente darles unos sobres de RSO que valdrían unos céntimos de dólares. Pero en lugar de esos medicamentos que podrían salvar muchas vidas humanas, Sartori y los partidarios a ultranza de la contracepción enviarían píldoras y preservativos con costes probablemente mayores. Aunque disfrazado de preocupaciones sanitarias o humanitarias esta ideología sigue pareciendo algo colonialista (Cf. Socci 2002). La Iglesia pues cree que detrás de la ideología de la crisis demográfica y de sus propuestas reguladoras enraíce una cultura autoritaria y neo-imperialista que con la excusa de acabar con el hambre quiere controlar y aliviar la presión demográfica que los países pobres ejercen hacia el Occidente rico y envejecido. Recelos y sospechas aparte, la Iglesia solicita a las instituciones públicas de todo el mundo de cumplir con sus obligaciones:

Vuestra tarea consiste en conseguir que el pan sea suficientemente abundante en la mesa de la humanidad y no fomentar el control artificial de nacimientos –que sería irracional– a fin de disminuir el número de comensales en el banquete de la vida (Consejo Pontificio para la Familia 1994).

Conclusión

Se acabó, en lo bueno y en lo malo. Objetivo de la presente redacción ha sido lo de penetrar en las entrañas del discurso de Sartori y de aquellos que con él piensan que el colapso demográfico, económico y ecológico está detrás de la esquina de la historia y con ello el fin del mundo. Además, sobrentendiendo la obviedad de su enseñanza moral sin moralismos trasnochados, nos intentamos presentar las razones de la Iglesia señalada por Sartori como la principal culpable de los supuestos desequilibrios demográficos. Los datos enfocados muestran que al fin y al cabo no puede decirse que la tierra explota. Es más, si algunas áreas del planeta rejuvenecen y se atascan, otras comienzan a envejecerse y a despoblarse. Por este último rincón del mundo andamos nosotros, los que escribimos estas líneas. El descenso de fecundidad y de natalidad a todos tiene que preocuparnos. Este declive no es un fenómeno simplemente biológico, más bien es un cambio espiritual y ético que tenemos que reflexionar. El sobredicho Gerard François Dumont habla de la reaparición de un “mito de Cronos”. Según la mitología griega Cronos iba montando festines en los que devoraba a sus propios hijos, a fin de que acabando con sus sucesores su reinado se eternizara y se guardase intacto para sí mismo. Ahora bien, creemos que nuestras comunidades, las que viven en el cuadrante más desarrollado de la tierra, igual que Cronos necesitan salir de una “cultura del presente” eternizado, que limitando, frustrando y oprimiendo su fecundidad ponen en peligro su continuidad en la historia, es decir su futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Inma (2005). *¿Somos verdaderamente demasiados sobre la tierra?* Disponible en:
<http://es.catholic.net/imprimir/index.phtml?ts=22&ca=285&te=1358&id=7093>, 2005.
- De Rosa, Giuseppe (2004). “La dignità’ della persona”, in *La Civiltà Cattolica*, n. 3701, 4 de septiembre de 2004; 370-380.
- Informe de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, El Cairo 5 a 13 de septiembre de 1994. Disponible en:
http://www.unfpa.org/icpd/docs/icpd/conference-report/finalreport_icpd_spa.pdf.
- Jimeno, Claudia (2005). *La nueva demografía*. Disponible en:
<http://es.catholic.net/imprimir/index.phtml?ts=22&ca=285&te=1358&id=21059>, 2005.
- Pontificia Academia para la Vida (1997). *III Asamblea General. Comunicado Final*. Disponible en:
http://www.churchforum.org.mx/info/Familia/PAV_Comunicado_sobre_embrión.htm, 16 de febrero de 1997.
- Sartori, Giovanni (2003). “El mayor peligro para el mundo es la superpoblación de los países pobres”, entrevista a cargo de Hermann Tertsch, *El País*, 11 de Mayo de 2003; 6.
- Sartori, Giovanni y Gianni Mazzoleni (2003). *La tierra explota. Superpoblación y desarrollo*. Madrid: Taurus.
- Socci, Antonio (2002). “I dati di Socci contro i teoremi di Sartori sulla sovrappopolazione”, en *Il Foglio*, 26 de junio de 2002. Asumo toda responsabilidad de la traducción desde el italiano al castellano.